

amor, nos llama á sí mostrándonos su humildad y enseñándonos el camino de la salvacion. ¿Conoceis toda la desgracia del que carece de la gracia de Dios? Pues esta gracia se concede tan solamente al humilde y se niega al soberbio: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (1).

Haced, Virgen dolorisíma, que teniendo nuestros ojos siempre fijos de los grandes ejemplos de humildad que nos dejasteis, lloremos nuestros pasados extravios y actos de soberbia, y siguiendo tan hermoso camino consigamos la herencia que Jesucristo nos conquistó con su sangre; obra á la que vos concurrísteis y en la que sufrísteis tan acerbos dolores, que es la gloria que os deseo. *Amen.*

(1) Jacob, cap IV, v. 6.

SERMON

SOBRE EL

QUINTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Crucifixion.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Los Profetas lo habian predicho á través de los siglos, y el mismo Jesucristo lo habia anunciado á sus discípulos á su entrada en Jerusalem. *El hijo del hombre será entregado á los gentiles, y será escarnecido y escupido: y despues que le azotaren le quitarán la vida y resucitará al tercero dia* (1). En efecto, esta sangrienta escena que para su remedio esperara el mundo, háse verificado con las circunstancias mas terribles y dolorosas.

Era el año de la creacion del mundo, cuatro mil y treinta y tres, segun el cómputo comun: al cumplirse la semana setenta de la célebre profecía de Daniel:

(1) *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per prophetas de filio hominis. Tradetur enim gentibus et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur. Et postquam flagellaverit, occident eum, et tertia die resurget. Luc. cap. XVIII, v. 31, 32 y 33.*

viernes á veinte y cinco de marzo, como sienten graves autores, cuando en la ciudad de Jerusalem tuvo efecto la muerte de Cristo, en lo mas elevado del monte Calvario, á presencia de la multitud de gente que habia acudido á aquella capital para la celebracion de la Pascua. El que del modo mas inhumano es crucificado en medio de dos ladrones, es la santidad por esencia, impecable por naturaleza. Muere por el hombre, y para salvar al hombre paga la pena de los delitos de la humanidad.

Dirijamos nuestra vista al monte del sacrificio, y contemplemos el grandioso, al par que el triste espectáculo que en él se nos presenta. Tres cruces: en las de los extremos penden los cuerpos de dos malhechores: en la del centro y cosido con duros clavos está un cadáver cubierto de sangre y hecho una llaga de los piés á la cabeza: esta la tiene coronada de espinas, y sobre ella, en lo mas alto de la cruz hay un rótulo que dice: JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS. Reina ya en aquel lugar un sepulcral silencio, y si algo se oye es el lejano ruido que forman las carcajadas de los inicuos verdugos que se retiran, y al pié de este cadáver inmóvil junto al patíbulo, una mujer en estado del mayor abatimiento. ¡Esta mujer es madre! ¡Es madre del que pende de la cruz!.... ¡Ah! ¡Cuál estaria aquel corazon maternal!.... ¡Qué pena atravesaria el alma de aquella esforzada y valerosa Respha!.... Ver morir á un hijo y con muerte tan desastrosa, es la mayor de las penas posibles, es.... ¿Pero qué reflexiones voy á hacer? Abramos el Evangelio, ese libro santo donde se nos refieren los acontecimientos de nuestra redencion, y enterémonos de la magnitud de los dolores y angustias de la Santísima María.

Estaba al pié de la cruz de Jesus María su Madre.... ¿Qué mas? Nada mas nos dice con respecto al dolor de María el Evangelio. ¿Cómo así? ¿Cómo tanto laconismo? ¿Cómo tan breves palabras para espresar un tan grande acontecimiento? No hay que estrañarlo, señores. Oprimidos los Evangelistas de compasion y ternura hácia la bendita Madre del Redentor, nada se atrevieron á decir: la pluma caia de sus manos, y así como dejando otras circunstancias de la crucifixion, tan solo dicen: *Crucifixerunt eum*; para espresarnos el dolor de la Madre, y que conozcamos lo agudísimo é intenso que fué, solo usan de estas palabras, tan breves como elocuentes: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. Y dispúsole así el Altísimo, dice un Padre, para que nosotros meditásemos en las circunstancias que dejaron por esplicar los Evangelistas para nuestro mayor mérito (1).

Y á la verdad, mis amados oyentes, ¿qué mas pudieran decir los Evangelistas para hacernos comprender el dolor de la Santísima Virgen? Decirnos que presenció el sacrificio de su Hijo, ¿no es lo mismo que decirnos que apuró el cáliz de la amargura, y que fué la heroina mas fuerte que han conocido los siglos? ¿Puede darse martirio mayor que el de una Madre que presencia los grandes tormentos del hijo de sus entrañas, y que despues está fija al pié del patíbulo donde ha concluido su vida? En verdad que yo me veo confuso y no encuentro espresiones con que esplicarme, para haceros comprender el martirio de la Santísima Virgen.

Vamos, pues, á contemplar el dolor agudísimo de

(1) S. Bern. Senens.

esta Reina Soberana en la Crucifixion del Divino Jesus, y por punto moral haremos ver que la corrupcion de costumbres en sus hijos adoptivos los cristianos, renueva este dolor en la Señora. Vuestra atencion debe ser profunda cuando la materia es de tanto interés. Para que yo pueda tratar estos puntos con dignidad y acierto, me son indispensables los auxilios de la divina gracia. Por la intercesion de esta Reina de los mártires podremos conseguirla: á este fin saludémosla con las mismas palabras del celestial Parainfo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Despues que habia sufrido los mas crueles tratamientos en el camino del suplicio; despues de caer y levantar repetidas veces, llegó el Divino Nazareno al monte Calvario, seguido de aquella amorosa Madre que coronada de tribulacion, se habia propuesto no separarse un momento de su amantísimo Hijo. ¡Qué nuevas escenas van á representarse! ¡La pluma se resiste á describirlas! Jesus se entrega á la muerte porque, como habia dicho Caiphas, sin entender lo que decia, convenia que muriese por la salud del pueblo (1). El mansísimo Cordero es despojado de sus vestiduras, quedando desnudo á vista del extraordinario concurso que habia acudido á presenciar el sangriento espectáculo. María fija su vista en el cuerpo de Jesus y dos diversos motivos contribuyen á avivar su dolor. El uno es su desnudez. La mas pura de las criaturas, ¡qué dolor, que vergüenza no esperimen-

(1) Quia expedit unum hominem mori pro populo. Joan. capitulo XVIII, v. 14.

taria al ver á su Hijo en la mas completa desnudez! Por eso corre presurosa, como dice S. Anselmo, y quitándose las tocas de su cabeza, se las coloca en su cintura. El otro motivo de su afliccion, es el ver aquellas benditas carnes despezadas por los azotes y demás tormentos. ¡Oh! ¡Qué no experimentaria el alma de la Señora al ver aquel sagrado cuerpo cubierto de sangre y heridas, al ver á aquel Hijo amado, mas hermoso que el lucero de la mañana, todo desfigurado á fuerza de los tormentos que habia sufrido, y de la sangre que habia vertido! ¡Ah! Que recordaria y veria cumplido el vaticinio del coronado Profeta. «Yo soy gusano y no hombre: oprobio de los hombres y deshecho de la plebe (1).» Porque en efecto, si consideramos al Salvador en el Calvario, aun antes de ser crucificado; si observamos su lastimoso estado, veremos que ni siquiera tiene aspecto de hombre. Empero sigamos la triste narracion de lo acaecido en el lugar de la crucifixion.

Despojado el Salvador de sus vestiduras, tienden la cruz en el suelo, y haciendo los barrenos para los clavos, mandan al Señor que se tienda sobre ella. Ponen el clavo sobre su mano derecha, sobre esa diestra poderosa que tanto beneficio dispensára á los hombres: álzase el inhumano martillo y dá el cruel golpe que la traspasa de parte á parte. ¡Y María lo vé!... ¡Y María oye el terrible golpe, que dió en medio de su corazon, dividiéndosele de parte á parte!... Y esta afligidísima Madre no puede articular palabra, pues quedó como muerta, segun la misma Señora reveló á su sierva santa Brígida. Basta, Señora, retiraos del Calvario,

(1) Ego sum vermis, et non homo: opprobium hominum et abjectio plebis. Ps. XXI, v. 7.

idos de ese monte de dolor y de amargura: ya habeis sentido el golpe del martillo: no os quedéis á presenciarse el resto de la crucifixion, porque tal vez moriréis á fuerza del dolor. Mas yo conozco que sois una heroina sin par, una criatura obedientísima á los designios de la Providencia, más que Abraham, que condujo á su hijo al sacrificio, y levantó su brazo para sacrificarle.

Clavada la mano derecha del Redentor, hicieron lo mismo con la izquierda y con los piés, y como con dañada intencion hicieron los barrenos mas distantes de lo que era necesario, aumentaron sus tormentos, tirando de su brazo izquierdo y sacratísimos piés con sogas y cadenas hasta hacerlos llegar á los barrenos. De este modo clavada ya aquella sacratísima humanidad, elevaron la cruz á presencia de aquel pueblo ávido por su muerte, dejándola caer despues en el agujero de la peña. Considerad, señores, este cruelísimo acto, y contemplad qué tormento produciria en el Señor el estremecimiento de su cuerpo, que precisamente le renovó todas sus llagas, de las cuales así como de las heridas de los clavos salia la sangre en abundancia. Y Jesus en la cruz dirige su vista á María, y María fija la suya en su amantísimo Hijo. ¡Como tuvisteis, Señora, valor para sufrir tanto!... Ahora conozco la razon con que un contemplativo dice, que padeció aun mas la Madre que el Hijo, puesto que los dolores de Jesus se repartieron por todos sus miembros, al tiempo que en María se reconcentraron todos en su corazon (1). Estupefacta y como fuera de sí, y cruzadas las manos ante el pecho, no hace otra cosa que contemplar el lastimosísimo estado en que en-

(1) Ricardo á S. Vict.

cuentra al Hijo de sus entrañas, y á través de un dolor cuya intensidad no podemos comprender, da al mundo ejemplos admirables de todas las virtudes. Inmóvil al pié de la sagrada cátedra donde el Salvador con siete palabras vá á enseñar á la humanidad, las ejercita todas de un modo admirable.

Y en efecto, tal era el estado de Jesus que estaba exactamente cumplida la profecía de David, que divinamente inspirado habia dicho: «Horadaron mis manos y mis pies: contaron todos mis huesos, y ellos me estuvieron observando y mirando; se repartieron mis vestiduras y sobre mis ropas echaron suertes (1).» Y en este estado le contempla la que es invocada con la mayor justicia Reina de los mártires, y cree firmemente que es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Qué fé tan heroicamente practicada! Y ejercita la esperanza, pues que viéndole agonizante en la Cruz, está persuadida que segun su palabra resucitará al tercer día, y saliendo glorioso del sepulcro subirá despues á ocupar su trono en la gloria. ¡Su caridad en este acto no puede ser mas heroica! Ama á su Hijo con un amor de preferencia; pero ama tambien á la humanidad: sabe que el sacrificio de Jesus es necesario para la salvacion del mundo: que no hay medio posible entre la muerte de su Hijo ó la pérdida de los hombres, y se conforma por mas que sea dolorísimo para su corazon, con los padecimientos, afrentas y muerte ignominiosa de su Divino Benjamin: resuenan en sus oídos los gritos y blasfemias de aquel pérfido y deicida populacho,

(1) Foderunt manus meas et pedes meos; dinumeraverunt omnia ossa mea. Ipsi vero consideraverunt et inspexerunt me: diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem. Ps. XXI v. 17, 18 y 19.